

blancos, mestizos y negros, ortodoxos en la presentación de los versos y otros exasperantes en el uso de la caja alta, como es el caso de Carlos Gómez Cornejo, que sin embargo se redime en una imagen como esta: «EL SOL CAPITALISTA / ASEGURA SU CAUDAL DE ORO / EN LA CAJA DE FIERRO DE LA NOCHE».

Qué otro caudal de versos, no menos valiosos, el de este libro. —ANTONIO RIVERO TARAVILLO.

Juan Manuel Bonet y Juan Bonilla (eds.), *Tierra negra con alas. Antología de la poesía vanguardista latinoamericana*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2019.

Es así, es así

LA crítica responsable, a la que solía convocar en sus reseñas Miguel García-Posada, sabe desde hace mucho que Jordi Doce (Gijón, 1967) es uno de los nombres imprescindibles del panorama poético hispano. Que no haya sido reconocido con premios rimbombantes ni forme parte de ningún departamento universitario ni dirija sede alguna del Cervantes son anomalías que no deberían extrañarnos y que nada tienen que ver con esa excelencia que, a pesar de lo obvio, no siempre se reconoce. En todo caso, ya decía, su acreditada trayectoria, plena de lucidez e inteligencia, es bien conocida por los lectores de este raro país *parapoético*.

Doctor en letras por la Universidad de Sheffield, lector de español en la de Oxford, tras su paso por la revista *Letras Libres* o la editorial Vaso Roto, reside y trabaja en Madrid como editor (de Galaxia Gutenberg, por ejemplo), traductor y profesor de escritura creativa.

Autor de ensayos (*Imán y desafío, La ciudad consciente, Las formas desconformes, Zona de divagar y La puerta verde*) y libros de artículos, entrevistas, notas y aforismos (*Hormigas blancas y Perros en la playa*), Doce es, antes que nada, poeta. De libros como *Lección de permanencia, Otras lunas, Gran angular y No estábamos allí* (Premio Meléndez Valdés).

Inseparable de su poesía, las traducciones, pongo por caso, de Blake, Eliot, Auden, Tomlinson, Hughes, Hill, Simic, Auster, Burnside y Carson. Reunió una selección en *Libro de los otros* y la editorial inglesa Shearsman ha publicado, en traducción de Lawrence Schimel, *Nothing Is Lost. Selected Poems* y *We Were Not There* (edición bilingüe de *No estábamos allí*).

Hace cinco años apareció la antología *Nada se pierde. Poemas escogidos (1990-2015)* en la colección La Gruta de las Palabras (PUZ). Acerca de esos 77 poemas dijo en la nota final del libro: «Una antología no se compone únicamente de los poemas que uno

considera mejores o más logrados. Tiene que haber otros criterios, que es como decir espacio para respirar y moverse sin agobios: poemas que abren puertas o que exploran fugazmente este o aquel territorio; poemas que dan variedad y rompen inercias; poemas que gustan a lectores cercanos o de confianza; poemas, en fin, por los que uno siente un afecto irracional».

Otro florilegio, *En la rueda de las apariciones. Poemas 1990-2019* (título que toma de su poema «Huésped»), recoge en una espléndida edición 147 composiciones divididas en siete apartados. Doce explica en una breve nota que «la selección se ha hecho *hacia atrás*», es decir, desde los últimos poemas, «los que han dictado el tono y el alcance del conjunto». Cabe añadir que la muestra incluye más de veinte inéditos. Poemas como «La deuda», «Una carta», «Secuela», «Encuentro o «Ficción» y la serie *Estación término*. Pero no es esta la única novedad: «he planteado el libro —Doce dixit— como un *box set* musical en el que las piezas familiares conviven con caras B, temas inéditos, rescates y mezclas alternativas». De ahí que algunos poemas vayan datados con dos fechas. Por esto y porque ha sometido a corrección muchos de ellos (de reescritura podría, en rigor, hablarse), estamos ante un libro *nuevo*, incluso para quienes seguimos su obra desde el principio.

El prologuista, Vicente Luis Mora, alude a cierta tradición poética que «piensa a través de la mirada». Añade que estos son los versos de alguien («un trazado, una especie de callejero europeo») que «va impregnándose de lo mirado». De sus poemas, Doce

ha afirmado que «siempre se han volcado hacia lo exterior». «Como piensa el mirar», leemos en «Diálogo en la sombra». Y: «Quien mira sabe / que algo le está mirando». O: «Salgo a la calle. / Por primera vez veo / lo siempre visto».

«El puro asombro» de lo que se observa de manera cotidiana le lleva a una suerte de perplejidad permanente («La extrañeza es una forma de atención»), de índole metafísica, que impregna de sorpresa y misterio cuanto este «espectador» escribe y lo dota de una atmósfera nórdica (con su luz «despaciosa») e inquietante donde el miedo («el temor es mi asunto y mi silencio») o la amenaza siempre acechan. Algo propio «de quien ve más allá de lo mirado». Se diría, sí, que su poesía, parafraseándolo, «Es una disciplina, / un trato entre el mirar y lo mirado». Materia «de quien ve más allá de la mirada».

«Lo universal es lo que tenemos a mano», si bien puede ser «tan extraño y opaco como un meteorito. Solo hay que aprender a mirarlo, dejar que nos hable», declaraba Doce, a modo de concisa poética, hace poco en la revista *Anáfora*.

Por lo demás, Mora acierta al señalar la clave de esta poesía «configural», no «confesional», en la que aprecia distintas etapas: hasta *Gran angular* («oscura» la denominó Doce), desde ese libro hasta el último («más áspera, intuitiva») y la que inaugura *No estábamos allí*. Por simplificar, teniendo en cuenta su modular labor traductora, al principio tal vez pesaban más Eliot o Tomlinson (lo meditativo) que, más tarde, Simic o Carson.

Contenida, paradójica, sobria, audaz, variada, elegante, escéptica, irónica, la escritura de Doce frecuenta el poema en prosa y, más allá, la narrativa aforística y fragmentaria que proyecta su poderosa imaginación con destellos de inspirado irracionalismo, aunque, a pesar de las apariencias, «Nada de lo que ocurre es un sueño».

Y todo expresado con un ritmo peculiar, tan personal como su voz, porque es aquel «el que determina la temperatura vital o anímica de ciertas palabras», «asociado a ciertas sonoridades, a una atmósfera emocional», como expuso en la Fundación March.

«El destino soy yo», sostiene Jordi Doce. «Quien extravió la vida en recrearla / con secreta pasión, al hilo de las palabras». Ya que «tu afán es un enjambre de palabras / que esculpen en el aire su derrota». El que «puso en equilibrio su vida y sus palabras». Porque, en fin, «la poesía no es sólo el centro irradiador de mis inquietudes –señaló en su poética «Una fidelidad»– sino también un *modus operandi*, una forma de estar en el mundo y de proceder intelectual; un modo de pensar, en suma». –ÁLVARO VALVERDE.

Jordi Doce, *En la rueda de las apariciones. Poemas 1990-2019*, Oviedo, Ars Poética, 2019.

Una brújula para leer la poesía de Sánchez Vallés

CUANDO el otoño poético se acerca uno empieza a mostrar su palabra más sincera o al menos esta es la impresión que me ha quedado tras leer la antología *Los signos en el agua. Noventa y nueve poemas (1979-2019)* de Joaquín Sánchez Vallés (Huesca, 1953): «celaje que sostiene / el aire que no alcanzo». Pues como se explica en la solapa del libro: «no pretende ser una antología de las obras ordenadas cronológicamente, sino más bien una selección del *corpus* poemático de Sánchez Vallés, organizado por afinidades temáticas y estilísticas».

Una justa y necesaria brújula para adentrarnos en esta su poesía, sin saber a qué libros pertenecen, que tampoco es obligatorio.

Así, pues, la selección se abre con seis versos del propio autor, que bien podrían ser su dogma poético, donde le dice a la persona lectora que abra este libro qué es lo que va a encontrar: «Yo busco perpetuamente / aquel sentido imposible / que a la vida da la muerte». Le siguen cuatro poéticas en verso y fechadas, para dar paso a significativas secciones con títulos que animan a curiosear, a ver qué: *Los lugares y los tiempos; Preludios, baladas y*

odas; Amores y desamores; Los fados; El jardín y los páramos y Últimos sonetos. Es un buen recorrido para conocer la poesía del que fue profesor de Lengua y Literatura en un instituto de esa Zaragoza tan singular.

Creo que lo que pretende el poeta es mostrar el sentido de su poesía, o lo que es lo mismo darle voz a ese sentido oculto o no tan oculto, pudiera ser, en su devenir machadiano de ser palabra en el tiempo y en ser él, el poeta contra cierzos y otras ventiscas. Y es aquí, en este trayecto donde Sánchez Vallés nos descubre esta acertada muestra poética, que le echa un pulso al tiempo y a su yo, utilizando «la silenciosa música del mundo». Y desde el primer poema de la antología, «Me marcharé», al último «Dead end» (Callejón sin salida, podría ser) dibuja un devenir telúrico apasionante, a pesar de los pesares, de ese final de un proceso existencial: con sus desengaños, desalientos y sinsentidos: «Mientras mi sombra vive cosida con el aire».

Creo que en esta antología quedan reflejadas tanto la desolación y desesperanza de la existencia personal del yo lírico como las características del medio social y cultural de donde desempeñaba su profesión, aunque todo queda trascendido por la poesía y su lenguaje: evocación, sugerencia, ritmo: «En el silencio, en el espejo / me miro y no me reconozco». ¡Ahí es nada, Kafka en su esencia más pura!

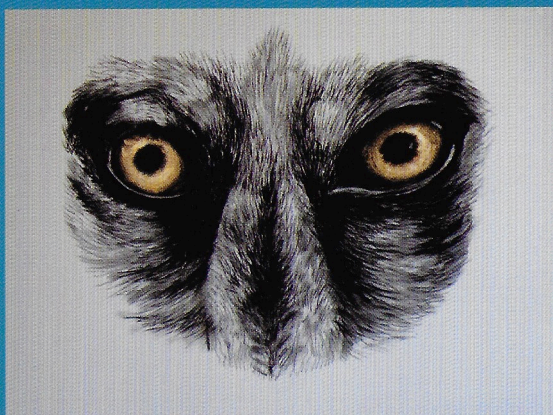
Esta selección da muestras suficientes y/o nos marca visiblemente los senderos para transitar por su obra: mirada, memoria y lenguaje. Una obra poética exigente que persi-

gue y logra, como pocos, decantar ese lenguaje poético, como si de un gran vino añejo se tratase. La poesía de Joaquín Sánchez es incisiva y de una pureza juanramoniana. Es como un afiliado cuchillo de cocina que al rozarlo te rasga y penetra, aunque no quieras. Y si su poesía rasga y penetra sutilmente, él es un poeta que ha escrito siempre lo que ha querido y como ha querido: verso libre o metro tradicional, lo domina con maestría. Y si bien ya se despidió de la poesía, en su extraordinario poemario diríase *Restos de luz en una cesta* (PUZ, 2017), del que nos hicimos eco en otro número de esta revista, quiere de alguna manera pergeñar su escritura para exigentes futuras personas lectoras: que las hay y las habrá: «Y frente a ti, por tus rendijas cabe / un río de ira que entra a contrapelo, / sangre que solo su silencio sabe».

Creo que Joaquín Sánchez Vallés con esta antología quiere darnos a entender que fue en la claridad donde comprendió la verdad de todo; pero también en la oscuridad se reconoció. Pues como escribió Carlos Bousoño: «En el negror más hondo. Allí estuviste». Que hay poca esperanza en la poesía de Sánchez Vallés, pues sí y solo hace falta leer los últimos sonetos de esta muestra poética para darnos cuenta: «Al fin, nací fraguado en tu argamasa; / pues tuyo soy, permíteme, deprimida, / abrir la puerta y regresar a casa».

Podemos escribir que la poesía de este poeta Joaquín Sánchez define el mundo desde un concepto existencialista. Es como decir que la vida es una primavera de la desesperación y

turkía



REVISTA CULTURAL / NÚMERO 135

María Alcantarilla Luis Alegre Manuel Arranz Joaquín Berges Marienza Binetti Rosa Burillo
Vicky Calavia Emilio Casanova Antón Castro Pedro Chacón Fuertes Javier Cinca Monterde
David Conde Vitalla José María Conget Mario Crespo López Luis Alberto de Cuenca
Antonio Daganzo Jordi Doce Marta Domínguez Alonso Juan Domínguez Lasierra Thaís Espailat
Chusé Inazio Felices Maicas Eloy Fernández Clemente Isidro Ferrer Francisco Ferrer Lerín
Luis García Montero César Gil Covarrubias Mariano Gistáin José Luis Gracia Mosteo
Ismael Grasa Angel Guinda Isabella Hammad Jesús Jiménez Domínguez Luis Landero
Philip Larkin Feliciano Llanas Martín López-Vega Juan Manuel Macías Silvio Maestranzi
Raúl Carlos Maicas Chantal Maillard Ignacio Martínez de Pisón David Mayor
Elvira Navarro José Luis Orozco Jorge Ortiz Robla Lilián Pallares Carlos Pardo
Pablo Pérez Rubio Vanesa Pérez-Sauquillo Eva Puyó Manuel Rico Alfredo Saldaña
Basilio Sánchez Fernando Sanmartín Marta Sanz Javier Sanz Becerril
Juan Carlos Soriano Eloy Tizón Eva Valero Lina Vila Juan Villalba Sebastián

PREMIO NACIONAL AL FOMENTO DE LA LECTURA